

Otra mirada a la traducción e interpretación durante el Protectorado español en Marruecos: Abdelaziz Mohammed-Hammadi Haddu

Juan Pablo Arias Torres

jparias@uma.es

Universidad de Málaga, España

El Cuerpo de Interpretación de Árabe y Bereber constituyó la piedra angular de los servicios de traducción del Protectorado español en Marruecos. Creado en 1942, vino a sustituir al casi homónimo Servicio de Interpretación de Árabe y Bereber en el que en 1929 se habían integrado los traductores e intérpretes del Ejército y de la Carrera de Intérpretes en el Extranjero a las órdenes de la Alta Comisaría de España en el país norteafricano. Bajo esta diversidad de denominaciones, fruto de una dinámica colonial que progresaba desde la acción diplomática y la ocupación militar hacia una administración efectiva del territorio, se acogía en definitiva a un mismo grupo de profesionales, unidos en destinos y tareas comunes, y divididos en dos escalas: una superior o técnica, con especialización en tareas de traducción, y una auxiliar dedicada fundamentalmente a tareas de interpretación.

Común a todos estos servicios de traducción fue el carácter minoritario en sus respectivos escalafones de los llamados intérpretes “indígenas”, ya fueran musulmanes o judíos (estos últimos, de presencia casi anecdótica). Ausentes por completo entre los miembros de la Carrera de Intérpretes en el extranjero, los intérpretes indígenas apenas representaron un quinto del colectivo hasta 1920, porcentaje que se incrementó hasta un tercio hacia 1930 y luego descendió ligeramente a partir de 1942. Los intérpretes de origen español fueron siempre mayoría y siempre ocuparon los puestos más altos en el escalafón. De hecho, hasta 1945 no se permitió legalmente el acceso de los indígenas a la escala técnica y los muy contados casos que la alcanzaron habían adquirido la nacionalidad española décadas atrás. Los marroquíes fueron, por lo general, miembros de la escala auxiliar, es decir, intérpretes.

La presente entrevista viene a cerrar todo un ciclo dedicado a los últimos supervivientes del Cuerpo de Interpretación, cuyo testimonio fue recogido como anexo en el libro de Juan Pablo Arias Torres y Manuel Carmelo Feria García, *Los traductores de árabe del Estado español* (Bellaterra, 2012) y ha resultado clave para reconstruir la historia de la traducción oficial del árabe en España durante el siglo XX. Sin embargo, las entrevistas recogidas en la citada obra adolecían de una clara limitación: todos los entrevistados pertenecían al grupo de intérpretes y traductores de origen español. En nuestro descargo advertíamos que el minoritario colectivo de intérpretes de origen marroquí estuvo conformado en su mayoría por varones nacidos entre finales del XIX y principios del siglo XX. Los que, como nuestros entrevistados de origen español, habían nacido a finales del primer tercio del XX e ingresado en el Cuerpo de Interpretación en la década de los cincuenta apenas alcanzaron la media docena. Dada su avanzada edad y su exiguo número restaban, pues, pocas posibilidades de localizar a alguno de ellos con vida. El destino, sin embargo, nos tenía reservada una sorpresa. Al hilo de la publicación de la obra antes citada se organizó la exposición *Truchimanes: Intérpretes de árabe y bereber durante el Protectorado español en Marruecos*. Tras un periplo por la península, la exposición pasó allende el Estrecho para visitar Ceuta y Tetuán. Esta circunstancia nos brindó el encuentro fortuito con el intérprete Abdelaziz Mohammed-

Hammadi, quien a la postre se iba a convertir en portavoz único y de inestimable valor del grupo de intérpretes conocidos en la época como los “funcionarios musulmanes” de la Alta Comisaría. Nacido en 1932 e ingresado en el Cuerpo de Interpretación en 1954, nuestro entrevistado es, además, hijo de otro intérprete del Protectorado, circunstancia habitual en el gremio, lo que nos pone en conexión con las biografías de miembros indígenas de la profesión de décadas anteriores. Su testimonio no puede resultar más ilustrativo y vital. Nos habla de aspectos tan fundamentales para comprender este capítulo de nuestra historia como la motivación entre los jóvenes de la población autóctona marroquí para ingresar en la carrera de interpretación, la formación recibida o la imagen y dificultades del intérprete oriundo en la sociedad colonial de la época.

Supone una mirada distinta, desde otra perspectiva, que viene a poner un magnífico colofón a esta historia de mediadores a caballo entre dos mundos tan cercanos, tan distantes. Sirva como homenaje merecido a todos ellos.

Juan Pablo Arias: Si le parece, comencemos por algunos datos biográficos.

Abdelaziz Mohammed-Hammadi: Nací el 17 de junio de 1932 en un pueblecito, Temsamane, perteneciente hoy a la provincia de Nador, aunque mi estancia allí fue muy reducida, de apenas unos meses, pues mi padre, intérprete del Protectorado, fue cesado de su cargo por un ajuste que hubo de plantilla y nos trasladamos a Tetuán, donde permanecimos hasta 1939. En esta ciudad comencé mis estudios en la escuela coránica, como hacen todos los musulmanes, junto a mi hermano pequeño Abdelmayid. Yo soy el tercero de cinco hermanos (tres chicos y dos chicas). El hermano mayor se llamaba Mohammed.

Háblenos de su padre. ¿Cómo aprendió el español?

Mi padre, Mohammed Ben Hammadi, era originario de Ceuta. Su segundo apellido, Haddu, ha dado nombre al barrio ceutí homónimo, que fue fundado por familiares suyos provenientes del Rif. En Ceuta aprendió el español, aunque no sé precisar dónde estudió.

Entonces, tanto él como usted y el resto de la familia tienen la nacionalidad española desde su nacimiento.

Así es. Al nacer éramos inscritos en la Oficina del Registro Civil español. Conservo

el Libro de Familia español de mi padre y, por supuesto, el mío.

Figura 1
Pasaporte español de Mohammed Ben Hammadi



¿Cuándo comenzó su padre a prestar servicios y cuáles fueron sus destinos?

En 1928 se convocaron algunas plazas de intérprete para las intervenciones del Protec-

torado. Se examinó en Melilla, aprobó y lo destinaron al Rif, donde permaneció hasta 1933. Pasó por las intervenciones de Temsamane, Tragut y Telata de Ketama. En 1934 fue destinado a Ifni, donde permaneció hasta 1943, fecha en la que regresó al Rif, a la Intervención Regional de Alhucemas. Allí permaneció el resto de su carrera como intérprete, siempre acompañado de intérpretes españoles, aunque no recuerdo sus nombres. En 1956, al proclamarse la independencia con respecto a España, quedó al servicio de la nueva administración marroquí, en el Gobierno del Rif, donde fue ascendido a caíd, cabeza visible de la administración en el ámbito rural, alcanzando luego la categoría de supercaíd en Beni Hadifa, un pueblo de la provincia de Alhucemas donde se jubiló.

Volvamos a su infancia. En casa, durante su infancia, ¿en qué lengua hablaban?

En árabe. Mi padre hablaba también rifeño pero mi madre, Fatoma, que era de origen tetuaní, descendiente de moriscos que se habían instalado en el barrio de Layún, situado en el casco histórico de la ciudad de Tetuán, solo hablaba árabe. Así que nos hablaba en árabe. Pero mi padre también nos hablaba en español, tanto o más que en árabe.

Parece que su padre tenía claro que dominando varias lenguas, y en especial el español, podrían labrarse como él un futuro.

Siendo hijo de Ceuta, el español era su lengua tanto como el árabe. Cuando se ponía a discutir le salía el español con toda naturalidad. Y a mí me pasó un tanto lo mismo. Siempre estuve rodeado de españoles, por lo que, fuera de casa, el español fue siempre mi lengua. En Sidi Ifni, donde pasé buena parte de mi infancia, la población estaba repartida en tres zonas separadas por un río, bastante amplio, aunque casi siempre estaba seco. Una parcela era para los españoles, donde estaban la oficina de intervención y todas las dependencias administrativas. Una segunda, para los nativos de la zona, que

eran muy pocos y que vivían con su ganado en jaimas. La tercera parcela estaba ocupada por los militares, los Tiradores de Sidi Ifni. La distancia entre las parcelas era considerable, por lo que no había mucha relación entre sus respectivos habitantes. Nosotros nos instalamos en la parte española. Había una escuela mixta donde se estudiaba en árabe por la mañana y por la tarde en español. Allí realicé mis estudios primarios, hasta segundo de bachiller, y avancé mucho con el español, pues mis compañeros de clase, salvo dos, eran todos españoles. El español era también la lengua de nuestros juegos. Al árabe, en aquellos años, tengo que reconocer que le prestaba muy poca atención. La cosa cambiaría cuando nos trasladamos a Alhucemas.

¿De qué años estamos hablando?

De plena posguerra española, de los tiempos del hambre, como se suele decir. Luego, al llegar a Alhucemas, ingresé en un instituto religioso donde se estudiaba todo en árabe: gramática, matemáticas y otras asignaturas complicadas, también. Las clases eran por la mañana. Por la tarde continuaba con mis estudios de bachiller en el Patronato. En honor a la verdad tengo que decir que seguía las clases en árabe con mucha dificultad. De hecho no aprobé ninguna asignatura (risas)... Mis compañeros del instituto religioso eran chicos rifeños y hablaban entre ellos en chejja, por lo que yo no los entendía. Todo lo contrario que en el Patronato, donde coincidí de nuevo solo con chicos españoles como en Ifni. Yo era uno más de ellos tanto en la manera de pensar como de actuar.

En Alhucemas prosigue sus estudios de bachiller hasta que en 1948 le dan una beca para ir a estudiar la carrera de interpretación a Tetuán. ¿Fue una decisión propia o en algún modo iba obligado por su padre?

Iba obligado, si se puede decir así, por la Alta Comisaría. Los hijos de los intérpretes teníamos que ser intérpretes (risas). Yo no me presenté a ningún concurso para ganar

esa beca. Anualmente, Asuntos Indígenas becaba al hijo de un intérprete y no quedaba más remedio que aceptarla. Mi hermano mayor, sin embargo, estudió Derecho. Estuvo becado en Granada junto a otros jóvenes marroquíes, pero enfermó y regresó a Marruecos.

¿Y a usted, personalmente, le apetecía la idea de ser intérprete?

Me pareció una salida sencilla. Sabía árabe y sabía español. Luego, no fue tan sencillo (risas)... De este modo comencé mis estudios en el Centro de Estudios Marroquíes de Tetuán. Allí nos trasladamos toda la familia a excepción de mi padre y de mi hermano mayor, que se quedaron en Alhucemas, uno en su puesto de intérprete y el otro a cargo de una finca que teníamos. Como le he dicho, mi madre era tetuaní, así que volvía a su tierra. Más tarde vendimos la finca y adquirimos otra en Tetuán, de la que vino a hacerse cargo mi hermano. En el Centro de Estudios Marroquíes conocí a los que serían mis compañeros en el Cuerpo de Interpretación Diego García, a Pedro Sánchez Casanova, a Álvaro Manjarín, a Manuel Martínez, a Antonio Rodríguez... Con ellos, en la misma clase, realicé mis estudios. Mi destino era estar rodeado de españoles. Cuando llegué al Centro solo había un marroquí, Boanan, que iba un curso por delante. Fueron unos años maravillosos. Tenía una beca de 550 pesetas. Podía permitirme un par de trajes al año y ayudar a mi madre.

En el Centro realiza los tres primeros cursos del programa de estudios, lo que permitía el ingreso como intérprete auxiliar en el Cuerpo de Interpretación. ¿No pensó en terminar los cinco años de la carrera para poder ejercer como traductor y acceder a la escala superior del Cuerpo?

Yo sí quise pero, de alguna manera, me obligaron a dejar los estudios. A los marroquíes no nos permitían pasar de la categoría de intérpretes.

Pero el reglamento del Cuerpo permitía desde 1945 el acceso a la escala técnica de los súbditos españoles y marroquíes originarios de la Zona.

Entiéndame. Una cosa son las leyes y otra, la realidad. Se puede obligar a dejar algo sin hacerlo de una manera explícita, con mensajes indirectos.

Influiría también que para acceder a la escala técnica del Cuerpo había que estar en posesión del título de bachiller...

Sí. Yo solo hice hasta tercero, es decir el bachiller elemental, antes de llegar a Tetuán y una vez allí no continué con el bachillerato. Solo me centré en las clases del Centro de Estudios Marroquíes. Vista y oída la opinión de algunos profesores tuve claro que nunca terminaría como traductor. Además, luego aprobé las oposiciones a la escala auxiliar y me enviaron como intérprete al campo, con lo que toda posibilidad de continuar con mis estudios se desvaneció.

¿Qué recuerda de las clases en el Centro de Estudios Marroquíes? En las clases de árabe coloquial no aprendería mucho...

Mi profesor era don Bonifacio Gómez, al que recuerdo mucho y gratamente. Me apreciaba como a un hijo. Era amigo de mi padre y habían coincidido trabajando juntos. Aunque no lo crea, sí que aprendí mucho en sus clases. Eran una especie de clases de interpretación. Eran clases en las que se simulaban unas determinadas situaciones en las que intervenía un intérprete. Aprendíamos además todas esas expresiones técnicas, políticas y administrativas que tendríamos que usar y que no eran frecuentes en el árabe que hablábamos normalmente.

Las clases de árabe literal las recibiría de Musa Abbud. ¿Qué recuerda de él?

Era un señor muy serio. Se relacionaba poco con los alumnos. Venía, daba sus clases y se marchaba. Siempre caminaba con un libro en las manos. Nunca dejaba de leer.

Incluso cuando estaba dentro del aula con nosotros. Era un jurista reputado. Pese a mi formación anterior, el árabe literal lo mejoré muchísimo con Abbud y sus célebres apuntes de gramática.

¿Recuerda a algún otro profesor? ¿Ginés Peregrín, por ejemplo?

Peregrín, además de profesor de chelja y traductor, tenía una pequeña librería en la zona de Bab Okla, la puerta de la Reina. Allí vendía las publicaciones del Centro de Estudios Marroquíes.

Hablemos ahora de los otros marroquíes que estudiaban con usted en el Centro de Estudios Marroquíes.

Estaba en una promoción superior, como le he dicho, Mohammed Boanan. Era hijo también de otro intérprete, Mohammed Ben Hammu Boanan, destinado en la Delegación de Asuntos Indígenas de Tetuán. Eran rifeños. Su dominio del chelja, no tanto del árabe, le permitió ingresar como auxiliar y fue destinado a su tierra natal. Tras la independencia pasó al ejército marroquí, donde alcanzó el grado de comandante. Vivía en Casablanca la última vez que tuve noticias de él.

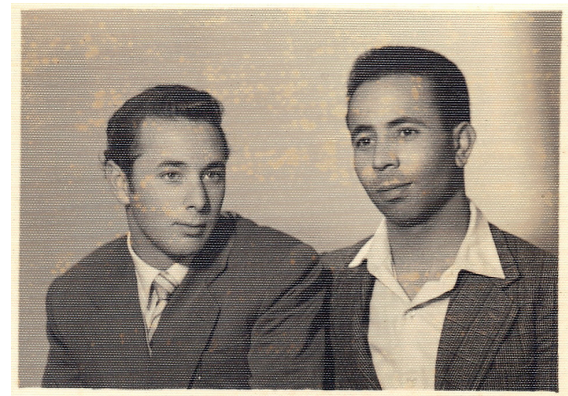
Figura 2
Abdelaziz Hammadi y Mohammed Boanan
(ca. 1948)



Otro de los pocos intérpretes marroquíes que ingresaron en el Cuerpo y compañero suyo de promoción fue Abdallah Badreddin...

Era hijo de un cadí o juez de Tetuán. Su dominio del español no era comparable con el mío, que había hecho todos mis estudios rodeado de españoles. Pero era trabajador y se esforzó hasta aprenderlo bastante bien. Era además un excelente futbolista. No había quien le parara un gol (risas). Tras la independencia estuvo destinado como personal administrativo en Bu Hamed, en el área de Chauen, frente al mar. Allí se jubiló.

Figura 3
Abdelaziz Hammadi y Abdallah Badreddin en su época de alumnos del Centro de Estudios Marroquíes de Tetuán (ca. 1950)



¿Por qué no había más chicos marroquíes?

Porque, entre otras cosas, concedían escasas becas y solo a los hijos de los funcionarios. Podías asistir por libre a clase y presentarte a las oposiciones pero, en su mayoría, solo las aprobaban quienes habían cursado en el Centro de Estudios Marroquíes los estudios oficiales.

Según nuestros datos, a parte de los nombrados Boanan y Badreddin, compañeros suyos de estudios, ingresaron en el Cuerpo de Interpretación desde los años cuarenta hasta la independencia solo dos marroquíes más y además lo hicieron en la última convocatoria de oposiciones

(1955): Abdeslam Ajdim y Mohammed el Harras. ¿Qué puede contarnos del primero? ¿Fue compañero suyo de estudios?

Ajdim no era exactamente compañero de estudios mío. Ingresó en la escala auxiliar justo antes de la independencia, en la última convocatoria, pero venía ejerciendo como intérprete provisional, una especie de interino, desde años atrás. Coincidimos bastante tiempo en Chauen, de donde era su familia. Su padre era un ulema, un muy respetado especialista en Derecho islámico de la ciudad. Tras la independencia, montó una agencia en Chauen y llegó a ser supercaíd en la región de Larache.

Figura 4
Abdeslam Ajdim y Abdelaziz Hammadi



Entre los intérpretes auxiliares que ingresaron en esa última convocatoria estaba también Mohammed el-Harras.

Tampoco fue alumno del Centro. Era intérprete provisional como Ajdim antes de ingresar en el Cuerpo. Lo destinaron a Larache y, al llegar la independencia, tuvo bastantes problemas y graves con el nuevo gobierno marroquí. Acabó perdiendo su puesto de trabajo. Era de una familia acomodada: uno de sus hermanos era agricultor y administraba la finca de la familia y otro era profesor.

¿Puede darnos algún detalle más sobre este particular?

Con la independencia algunos intérpretes, entiéndase de origen marroquí, fueron perseguidos por la población autóctona. No estoy hablando de los que trabajaban para el Servicio de Información de la Alta Comisaría, dirigido por el Comandante Martínez Belda, como El-Keskasi o Drissi, que tuvieron un triste final, sino de simples funcionarios como El-Harras. Tras verse amenazado, tuvo que refugiarse en Río Martil y abandonar su puesto oficial en Larache. Y eso le condujo a que lo expulsaran de la administración. Yo tuve más suerte. Por mi aspecto físico, rubio y con los ojos azules, me confundían con un español y no se atrevían a acercarse a mí. Aparte que yo estaba en el campo y allí no había conflictos como en las ciudades.

Los acusaban de colaboracionistas con las autoridades del Protectorado...

Lo que ocurre siempre. Pero mirándolo bien los intérpretes siempre han estado más a favor de los marroquíes que de los españoles. Y lo curioso del caso es que las mismas autoridades españolas estaban siempre del lado marroquí. Marruecos no era una colonia, era un Protectorado. Habían venido a proteger al pueblo. Estaban las autoridades locales, el caíd y los *moqaddam*, una especie de jefes de cada una de las facciones de una tribu, que resolvían los conflictos entre la población autóctona. Pero la mayoría de las reclamaciones que llegaban ante el interventor, máximo representante local de la Administración del Protectorado y, por lo general, un joven militar, eran por abuso de poder por parte de la autoridad local sobre la población. Y se resolvían mayoritariamente a favor del reclamante.

Con un cuerpo de interventores que desconocía las más de las veces el árabe, el concurso del intérprete era clave...

El intérprete era dios (risas). Su papel era imprescindible. Cualquier incidente en el que tenía que asistir el médico o el vete-

rinario se hacía en presencia del intérprete. En todas las reuniones estaba presente. Si se redactaba un proyecto para la construcción de un pozo, necesitaba llevar la firma del intérprete. Tenía que estar al tanto de todo. Tras el interventor, era la máxima autoridad. Era tal su influencia que, sin dar nombres, le diré que mi actuación ante nuestros superiores fue determinante en la destitución por comportamiento irregular de uno de los interventores con los que coincidí.

¿Recuerda alguna otra intervención en la que su actuación fuera igualmente decisiva?

Bueno, tuve una actuación con el caíd que me costó (risas)... Era amigo de mi padre, pues habían trabajado juntos en Sidi Ifni. Al regresar a Beni Ahmed, se había apropiado de un terreno, el más fértil que había en el pueblo, que pertenecía a la comunidad de una cabila. El intérprete que me precedió en el puesto se ponía del lado del caíd en las reclamaciones. Lo interpretaba todo a su favor. Yo de eso no sabía nada. El interventor me hizo llamar, me pidió que tradujera la documentación que presentaban —previo su correspondiente pago— y que se la entregara. En menos de 24 horas, los terrenos fueron devueltos y el caíd me echó la culpa a mí (risas). A partir de ese momento no faltaron los roces entre nosotros.

¿También hacía traducciones a pesar de ser intérprete?

Sí. Traducía, por ejemplo, los escritos del caíd con los motivos de la detención de una persona o reclamaciones escritas en árabe y presentadas por particulares o por las autoridades locales. Había profesores coránicos que les redactaban los escritos. No eran traducciones literales, sino del contenido de las cartas.

¿Y labores administrativas como el cobro de impuestos, el *tertib*?

Por supuesto. La participación del intérprete era obligatoria. Era yo quien iba anotando en los libros las cantidades corres-

pondientes. Nos suponía también un plus económico importante.

Figura 5

Abdelaziz Hammadi (en primer plano) acompañando al caíd durante el cobro de impuestos en Bab Taza (Marruecos)



¿Participó en labores de información?

Estando en Beni Ahmed, que era frontera con la zona francesa, era frecuente que participara en los interrogatorios a la gente que durante la guerra por la independencia en la zona sur se refugiaba en la zona española. Se les interrogaba a fin de sacarles información sobre las posiciones militares francesas, número de soldados, armamento de que disponían... Había un apoyo explícito de las autoridades españolas al movimiento nacionalista del sur. Esta actuación mía me salvó en parte de muchos conflictos con la llegada de la independencia, porque aquellos mismos a los que interpretaba cuando buscaban refugio en nuestra zona luego me defendieron y respetaban. “Este es buena persona y nos ha ayudado”, decían.

¿No tuvo roces con la nueva administración?

Tuve problemas con un representante del Ejército de Liberación, que tenía un hermano preso por haber cometido un crimen. En ausencia del interventor me pidieron por teléfono que lo pusiera en libertad, a lo que me negué hasta que volviera el interventor. Recibí todo tipo de amenazas y les dije que podían sacarlo por la fuerza pero que no iba a autorizar su liberación. Se armó la de San Quintín. Hay que aclarar que en los momentos inmediatos a la independencia en las intervenciones permaneció todo el personal español para que aquello pudiera seguir funcionando. Había órdenes expresas de no tocar a ninguno de los funcionarios españoles. Progresivamente, fueron sustituyendo a los interventores y al resto de funcionarios por personal marroquí. A partir de entonces las cosas se me fueron complicando.

¿Por qué?

Por falta de entendimiento, por decirlo de alguna manera, con las nuevas autoridades. Para mi desgracia nombraron caíd de Beni Ahmed a un miembro del Ejército de Liberación que había estado preso durante el Protectorado y al que yo, para hacerle más llevadera su condena, había tenido como sirviente en casa. No me lo perdonó nunca. Mi situación cambió drásticamente. Durante el Protectorado yo gozaba de una libertad absoluta en mi trabajo, siempre dentro de la legalidad. Por ejemplo, podía pedir unos días para visitar a mi familia y a los amigos en Tetuán sin problemas. Y si tenía que quedarme algunos días más, bastaba con que informara por teléfono y me concedían la autorización. La nueva administración no hacía nada más que ponernos todo tipo de trabas. Además, el ambiente de libertad que se respiraba en la sociedad se fue enrañando. Los marroquíes, por ejemplo, no podíamos entrar en un café y pedir un vino. Si se te ocurría entrar en un bar español, el mismo dueño no te servía por ser musulmán. Y si por casualidad, por ser amigo tuyo o

ser cliente habitual, te servía, se exponía a que la policía lo denunciara y lo llevaran al juzgado.

Pero me comentaban sus compañeros españoles de estudios que usted no tenía muchos problemas por su aspecto físico para pasar por español.

Así es. Para ellos yo era “José Luis” no era Abdelaziz. Y yo mismo, a veces, cuando entraba a comprar algo y me preguntaban cómo me llamaba les decía que José Luis. Una anécdota graciosa. Cuando nos destinaron a Diego García y a mí a Chauen, nada más llegar, la secretaria que nos adjudicó los destinos nos intercambió los nombres. A él, por ser moreno, se dirigió como Abdelaziz y a mí, como Diego (risas). Le contaré otra anécdota. Cuando estaba estudiando en el Centro de Estudios Marroquíes, llegó un misionero protestante inglés a estudiar árabe. Como yo tenía interés por aprender inglés acordamos que él me enseñara inglés y yo le ayudaba con el árabe. Nos hicimos grandes amigos. Estábamos siempre juntos. Iba a su casa, a comer con su mujer y su hija. La policía secreta española acabó viniendo al Centro a preguntar por “ese inglés jovencito que anda por ahí”. Ya no era español ni marroquí. Era un espía inglés (risas).

Un aspecto físico que le permitía pasar por español le traería en ocasiones problemas con los marroquíes...

Una vez, estando en Alhucemas, me echaron de una mezquita. Y eso que en el Rif no eran raros los rubios con ojos claros. Mi padre tenía los ojos azules. Y mi madre era rubísima. Un viernes en Tetuán tampoco me permitieron entrar en la mezquita. “Tú, *paisa*, aquí no puedes entrar”, me dijeron. Y sin discutir lo más mínimo, me puse mi zapatos y me marché (risas). En otra ocasión fui al baño público con mi compañero Badreddin y cuando ya estábamos descansando para vestirnos y salir, todos los presentes comenzaron a insultarle y a increparle por haber llevado allí a un español. Tampoco volví más al baño (risas).

¿Al proclamarse la independencia tuvieron problemas con el reconocimiento de la nacionalidad española?

En un principio, el monarca se negó a reconocer cualquier nacionalidad que no fuera la marroquí. Nuestra nacionalidad española no tenía valor alguno para él, aunque para España seguíamos siendo españoles a todos los efectos. Recuerdo que incluso en la frontera marroquí me llegaron a retirar el pasaporte español y tuve que ir al consulado a que me expidieran uno nuevo. Afortunadamente, la situación no duró mucho y acabaron por reconocernos nuestros derechos.

Al gozar de la nacionalidad española, ¿por qué no optó por incorporarse a la administración española como hicieron otros intérpretes de origen marroquí?

En un principio, estando ya en Bab Taza en 1958, solicité la reincorporación como funcionario español y me la concedieron. Pero, mientras esperaba a que me otorgaran destino, decidí renunciar a todos mis derechos como miembro del extinto Cuerpo de Interpretación. Quería quedarme en Marruecos. Aunque luego acabé marchándome en 1962 (risas).

Huyendo de la situación encorsetada del nuevo Marruecos...

Sí. Abandoné definitivamente mi puesto en la administración. Pasé por Francia, Bélgica, y acabé instalándome en Berlín. Comencé a trabajar en un almacén de distribución de medicamentos. Allí estuve durante un año. Me manejaba en inglés. Luego volví y abrí una gestoría. Trabajaba mayormente para españoles antiguos residentes. Estaba en contacto con varias agencias en España que me encargaban toda la documentación que necesitaban para cobrar pensiones, ventas de propiedades, administración de herencias, etc. Félix Elizondo, antiguo compañero del Cuerpo, que entonces estaba en el consulado de Tetuán, me ayudaba mucho en mi labor. Al mismo tiempo aprendí contabilidad, lo que me permitió más tarde trabajar para una multinacional turística belga propietaria

del Holiday Club de Tetuán. Luego, tras su venta, pasé a trabajar para una fábrica hispano-marroquí de cementos, donde me jubilé.

¿En la agencia hacía traducciones?

Sí, fundamentalmente documentación personal (actas de nacimiento de hijos, actas de matrimonio, etc.) de los oficiales y tropa del ejército marroquí para actualizar su situación de cara a sus promociones en el escalafón. Eran traducciones al francés.

Le hacía entonces la competencia a su antiguo compañero Abderrahim Yebbur, quien además de trabajar para el nuevo Gobierno de la Provincia de Tetuán también tenía su propia agencia...

Sí (risas), y alguna vez tuve algún tropiezo con él, pero sin más consecuencias.

No queremos seguir abusando de su paciencia. Pero no podemos terminar sin pedirle un consejo para nuestros estudiantes.

Que perseveren y que se esfuercen más, porque el árabe es un idioma bastante complicado, hay que soñar con él para aprenderlo, hay que pensar en árabe, hay que vivirlo...